

Adriana Genta

Pequeñas dosis

Siete micro obras
teatrales para actores



Pequeñas dosis

SIETE MICRO OBRAS TEATRALES PARA ACTORES

De Adriana Genta

Este material puede ser utilizado libremente en cursos y talleres,
pero se agradecerá notificar a la autora, pudiéndolo hacer a través del CELCIT.

Si más allá de su uso en ámbitos educativos,
fueran presentadas como espectáculo,
regirán las disposiciones vigentes sobre derecho de autor.

Todos los derechos reservados.
Buenos Aires. 2009

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
Presidente: Juan Carlos Gené. Director: Carlos Ianni
Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar. e-mail: correo@celcit.org.ar

Pequeñas dosis

SIETE MICRO OBRAS TEATRALES PARA ACTORES

“Pequeñas dosis” es un conjunto de siete micro obras que fueron escritas especialmente para ser utilizadas como textos teatrales en los cursos de Creatividad Actoral del CELCIT, a pedido de su docente, Carlos Ianni.

Hubo algunas pautas para la construcción de estas obras breves: fundamentalmente, que fueran de dos personajes, de edades variadas, con objetivos potentes que facilitaran un conflicto estructurante y un lenguaje próximo a nuestra habla.

Anteriormente, yo había tomado contacto con la técnica de trabajo de Ianni como tallerista en ese espacio de entrenamiento actoral. Esto facilitó la noción de qué tipo de material sería más adecuado para la aplicación del método, que parte de la identificación en el texto de las acciones dramáticas, objetivos de los personajes y articulación de situaciones.

El trabajo de escritura de este formato breve con un destino específico me resultó ágil y estimulante. Allí encontraron su espacio dramático unas cuantas imágenes de esas que uno va apuntando como borradores de posibles historias con vocación poética a la espera de su eventual conversión en texto teatral.

Una vez puestas en marcha como material de ensayo en los cursos, las micro obras probaron tener un buen funcionamiento escénico y sirvieron de base para la indagación, el trabajo actoral y el de dirección.

La experiencia positiva se repitió con distintos grupos de los talleres coordinados por Carlos Ianni. Además, por transmisión posterior de los propios alumnos, los textos comenzaron a ser utilizados en otras escuelas de formación actoral.

Pensamos entonces en ampliar la difusión de estas micro obras ofreciéndolas, a quienes quieran bajarlas desde www.celcit.org.ar en forma gratuita -como las demás publicaciones de la institución-.

Así, pues, aquí compartimos con gusto las “Pequeñas dosis” con sus siete títulos: *Andén*, *C2HS-OH*, *Clavo*, *Coma*, *Hermanas*, *Visita* y *Voltaje*.

Adriana Genta. Buenos Aires, agosto de 2009.

ÍNDICE DE CONTENIDOS

ANDÉN

C₂H₅-OH

CLAVO,

COMA

HERMANAS

VISITA

VOLTAJE

ANDÉN

A MERCEDES GALARZA

PROTAGONISTA REAL DE ESTA HISTORIA

Y ASESORA

Andén de la estación de tren de Caballito, 2 de la madrugada.

Roki (muchacho joven), cartonero. **Grise** (muchacha joven), cartonera.

Grise duerme, mal apoyada contra la pared. **Roki** está pelando cable con cuchillo, rescatando el cobre del centro, mientras contempla a **Grise**, que de pronto se desliza hacia un costado y el sacudón la despierta. Se pone rápidamente de pie y mira para todos lados, buscando con la vista. Ve a **Roki** pero no le presta atención.

Roki: ¿Buscás el carro?

Grise: ¿Eh? No.

Roki: ¿Te ayudo?

Grise: No. *(Termina la inspección ocular a distancia y vuelve a sentarse contra la pared)*

Roki: *(Le extiende unos cartones)* Para reposera.

Grise: Gracias. *(Los acomoda sobre piso y pared y se tiende sobre ellos)*

Roki: Perdimos el tuerto de la una y media. *(Pausa, Grise no contesta)* Ahora hasta las 4... ¡Qué embole! Y hay que ver si nos dejan subir. Depende el gorra que toque. Bueno, para vos sin carro es más fácil. ¿Lo dejaste en el depósito de Yerbal? *(Grise asiente con la cabeza)*. Aumentó a 75 ese. Y allá en Moreno un peso la camioneta para el lado de Rififí. Todo suma. Capaz que vos querés dormir y yo te jodo.

Grise: No te enojés pero ¿podés ponerte un poco más allá?

Roki: ¿Te molesto?

Grise: No es eso.

Roki: ¿Qué? ¿Apesto?

Grise: Cualquiera. Si yo me caí del tren y del golpe me quedé sin poder oler.

Roki: Ah, por eso te bancás esa baranda que viene de ahí.

Grise: ¿Y vos por qué entonces te ponés justo acá, con lo grande y vacío que está el andén?

Roki: Es que el lugar está joya. Más calentito y si se larga a llover hay chapa...

Grise: Más allá también hay chapa ¿para qué vas a estar encima?

Roki: *(Se aleja un poco)* Estás esperando a un chabón... *(Grise se encoje de hombros)*

(Se quedan en silencio, Grise mira a lo lejos, Roki se pone a pelar el cable, pero la relojea. Grise se frota las piernas frías. Roki le tira un diario. Grise se cubre las piernas).

Roki: Yo me llamo Roki ¿vos? (*Silencio*) ¿Hablar de lejos tampoco se puede?

Grise: Gris.

Roki: Gris... ¿qué?

Grise: Gris me llamo. De Griselda.

Roki: Ah, entonces Grise.

Grise: No. Gris.

Roki: Gris no va. Gris es la calle, la chapa, el cielo de tormenta. Muy triste. Grisseeeee con 'e' brilla más. Va más con vos. Más luz.

Grise: ¿Sos medio poeta, loco?

Roki: No, boluda, poeta no... pero compongo temas... tengo un grupo con unos vagos.

Grise: ¿Cómo se llama el grupo?

Roki: Gonorrea.

Grise: Qué nombre.

Roki: Es un apellido colombiano. Al principio nos pusimos "Inundación". Pero era muy bajón. No daba. Ya tocamos una vez en Tetra. Pero no somos muy conocidos todavía, estamos empezando. ¿Querés que te cante el último tema?

Grise: Mejor no.

Roki: ¿Por el chabón?

Grise: Es tarde, te vas a poner a cantar, boludo.

Roki: ¿Qué tiene? Estoy pila.

Grise: No da...

Roki: Y si viene el chabón, ¿qué onda? Nada. Soy un loquito del cartón que cuando está pila canta solo. No le doy bola y chau. Yo a la gilada la miro de arriba.

Grise: Sí... de arriba. Cuando le veas el lomo. Además el problema lo voy a tener yo.

Roki: ¿Te faja el conchaesumadre?

Grise: No.

Roki: ¿Entonces...?

Grise: Nada, loco, yo no quiero que me vea con otro.

Roki: Yo no soy otro. Soy Roki... tu ángel del anden.

Grise: Tomate el palo... ángel del anden. Dejate de boludiar.

Roki: Te reíste, te gustó. Mirá... esto también te va a gustar. (*Canta y baila con música de cumbia*)
Si yo te toco yo te toco
si yo te toco tu canción
bailás moviendo el almohadón
y se me para se me para
y se me para el corazón.
(Se golpea el pecho) La compuso papá.

Grise: Esa es la música de Reloj Cucú.

Roki: Bueno, se parece un poco, pero la letra ni ahí. Tengo otra. Escuchá...

Grise: Cortala, loco. De onda, cortala.

Roki: 'Ángel del Anden', se llama el tema.

Grise: ¡Basta!

(Roki se aleja y retoma el pelado del cable. Grise se levanta y otea la estación en todas direcciones. Luego busca afanosamente dentro de su mochila. Extrae un palito con un resto apenas de chupetín. Se pone a chuparlo. Roki saca un envoltorio. Grise observa la operación. Roki abre el envoltorio, aparece un ságuiche al que le falta un mordiscón. Roki registra que Grise mira)

Roki: ¿Lo querés?

Grise: ¿Lo estabas comiendo vos?

Roki: No, lo encontré así. Pero está limpito. Te lo doy. *(Se lo alcanza)*

Grise: *(Lo toma)* ¿Y vos?

Roki: Yo no tengo hambre.

Grise: *(Come)* ¿Comiste de las monjas?

Roki: No. Yo también llegué tarde. Ya habían levantado todo.

Grise: Entonces comé...

Roki: No. No tengo hambre. Posta.

Grise: Bueno, gracias.

Roki: Ah, tengo algo que encontré hoy. *(Saca un peluche usado)* Para tu hijo. O hija.

Grise: Hijo. ¿Cómo sabés vos?

Roki: Si el año pasado cartoneabas con el bombo.

Grise: ¿Me veías?

Roki: Obvio. *(Le entrega el peluche)*

Grise: Está re-lindo. Le va a gustar a mi negro. *(Roki se sienta al lado de Grise)*

Grise: Roki...

Roki: ¡Dijiste mi nombre...!

Grise: Si, pero para pedirte que te muevas para allá.

Roki: Cortala, con el chabón. ¿Qué onda? ¿Es el padre de tu hijo?

Grise: No.

Roki: ¿Entonces qué? ¿Es tu novio? No, no es tu novio porque nunca anda con vos. Y si es tu novio es un hijoeputa que te deja sola todo el tiempo.

Grise: Es que me re-gusta. No ando con él, pero si viene y me ve con vos no se me va a acercar.

Roki: A esta hora ya no viene nadie. Dejame estar al lado tuyo. ¿Sabés cuánto banqué para encontrarte sola? Siempre vos con tu vieja y tus hermanas. Tu vieja encima es re-cuida.

Grise: Yo a vos nunca te vi.

Roki: Sí que me viste. Muchas veces te ayudé con el carro yo. ¿Te acordás cuando se te trabó una rueda y yo fui corriendo desde dos puertas a ayudarte?

Grise: ¡Qué se yo! Tantas veces se me trabó.

Roki: Pero esa fue jodida mal, boluda. Apenas lo pudimos zafar al carro que ya arrancó el tren. Yo te lo zafé. ¿Y la vez que vos ibas re-preñada y el barral del carro se te encajó en la panza que ya estaba como globo para reventar y yo hice levantarse al gordo que estaba tirado lo más pancho en el vagón, para hacerte un lugar a vos y el loco me bardió mal y nos tuvieron que separar? ¿No te acordás?

Grise: Si, me acuerdo del gordo, pero de vos no.

Roki: ¿De mí no? ¿Y cuando te abarajé el sánguche de mila que vos te asomaste por la ventanilla antes que el tuerto arrancara y un tipo de atrás casi te culea y vos te fuiste para adelante y se te cayó el sánguche y yo estaba todavía en el andén y te lo atajé y te lo di por la ventanilla y el tren arrancó y yo me quedé como un boludo en la estación haciéndote adiós? ¿No te acordás?

Grise: No.

Roki: ¡Qué cagada! No me viste nunca

Grise: Te veo ahora.

Roki: Grise... sos tan linda y tan trabajadora... ¿Te puedo hacer una pregunta que es un deseo que tengo desde que te conozco aunque vos no me conozcas?

Grise: ¿Qué?

Roki: ¿Te puedo robar un beso?

Grise: Si me lo pedís ya no es robado.

Roki: Uy, tenés razón, qué boludo.

(Roki se queda cabizbajo, en silencio. Grise lo mira desconcertada. De repente Roki, con movimiento rápido le toma la cara con las manos y le da un largo beso en la boca) ¡Ahora sí te lo chorié!

Grise: Es el beso más dulce e intensivo que conocí.

Roki: *(Le canta bajito, con la misma melodía de la canción anterior):*

Yo soy tu Ángel del andén

Cuido tu carro y tu cartón

Te robo un beso frente al tren

Vos me robás el corazón.

C2 H 5 - OH

*Lila, mujer madura,
Belén, muchacha joven*

*Living - cocina de una casa de playa, en invierno. Lila está durmiendo en un sofá-cama.
Sentada en una silla, junto a una mesa, Belén toma mate y la observa.*

Lila: *(Cobijándose, medio dormida)* Qué frío... *(Se arrebujá más)* Enciendan el hogar.

Belén: No hay leña.

Lila: Fer, andá a comprar.

Belén: Fer no está.

Lila: ¡Qué pibe ese! *(Vuelve a intentar dormir. Se incorpora súbitamente, se lleva la almohada a la boca para atajar un vómito que sólo queda en arcada. Tiembla)* Este frío me descompone.

Belén: ¿El frío?

Lila: Bueno, puede ser que la comida me haya caído mal.

Belén: ¿La comida?

Lila: Dame un mate.

Belén: Si querés tomar de este mate, lavate los dientes primero.

Lila: Epa! ¿Y desde cuándo ponés vos las reglas?

Belén: Desde que vos dejaste de respetarlas.

Lila: ¡No seas atrevida! Y no te desubiques. Soy tu madre y la que te mantiene. A vos y a tu hermano, semejantes pelotudos. *(Intenta levantarse pero vuelve a desplomarse en la cama).*

Belén: Estás hecha percha.

Lila: ¡Hablame bien!

Belén: *(En tono más cortés)* Por favor, mamá, andá a despejarte... Lavate la cara... mojate la nuca.

Lila: *(Se levanta. Enfila para el baño con paso débil)* No te olvides nunca que soy tu madre. No porque me sienta mal, voy a dejar que me faltes el respeto. *(Entra en el baño, Belén sin ser vista, le hace una mueca de odio. Lila grita desde el baño)* ¿Hiciste café?

Belén: Sí.

Lila: Servime.

(Belén va hacia la cocina y sirve café en una taza. Buscando el azúcar, descubre una petaca de bebida blanca, llena por la mitad. La vacía en la pileta, la rellena con la misma cantidad, pero de agua, y la vuelve al estante).

- Lila: *(Sale del baño y se sienta en la mesa. Belén le extiende el café).* Gracias... *(Bebe en silencio)* ¿Adónde fue Fer?
- Belén: Se volvió a Buenos Aires.
- Lila: *(Sorprendida)* ¿Por qué?
- Belén: ¡No te acordás de nada...! *(Lila no contesta)*. No te acordás que fuimos a cenar a Bimbo's y...
- Lila: Claro que me acuerdo dónde cenamos.
- Belén: ¿Y que te escaviaste todo? ¿Y que Fer tuvo que traerte a caballito porque no podías tenerte parada? ¿De eso también te acordás? ¿Y que vos le dijiste las cosas más horribles que se te cruzaron por la cabeza y él...?
- Lila: ¡Basta!
- Belén: Basta ¿qué? Basta vos. Basta de destruirte y destruirnos.
- Lila: Por favor, no seas tan dura para juzgarme. Estoy en un mal momento. Necesito cariño y apoyo y no que me estén criticando todo el tiempo.
- Belén: Hace rato que estás en un mal momento. Pero ahora estás peor. ¿Por qué no aceptás que tenés problemas?
- Lila: Claro que tengo problemas.
- Belén: Con el alcohol quiero decir.
- Lila: *(Luego de un silencio)* Perdí un poco el control con la bebida. Pero voy a recuperarlo.
- Belén: Me parece que eso ya lo dijiste antes.
- Lila: Esta vez va a ser distinto.
- Belén: ¿Cómo?
- Lila: Voy a beber menos.
- Belén: ¿Cómo?
- Lila: Confía en mí.
- Belén: ¿¿Cómo voy a confiar si no veo que hagas nada para superar esto en serio?
- Lila: ¿Qué más querés que haga que poner toda mi voluntad?
- Belén: Tu voluntad te falla. Pedí ayuda si de verdad querés superarlo.
- Lila: ¿Ayuda? ¿A quién? ¿A la analista esa tarada, que decía que el mandato alcohólico estaba en mi nombre... Lila Corvo... Li - Cor? ¿Querés que vaya a Alcohólicos Anónimos con toda esa manga de borrachos?
- Belén: ¿Por qué no?
- Lila: ¡Por que no! Porque no soy una borracha. Y tengo fuerzas para superar esto sola. Sola no. Con el cariño de ustedes.
- Belén: Pero nos rechazás.
- Lila: ¡No!
- Belén: Anoche dijiste que ojalá nos muriéramos.
- Lila: ¿A vos también te dije cosas feas?
- Belén: Sí. Y esto. *(Se remanga y muestra un moretón en su brazo)*
- Lila: Perdoname. Por favor, perdoname. No va a volver a pasar, te lo prometo. *(Tierna)*

Belencita, por favor, confiá en mí. Te necesito, hijita. Vos sabés cuánta fuerza tengo yo. Cómo luché sola para criarlos y darles todo lo que precisaron. Y lo que precisan hoy también. ¿No soy una mujer fuerte y luchadora, Belencita? ¿Eh?

Belén: Sí, mamá.

Lila: ¿No los cuidé día y noche, cuando tenían miedo, cuando estaban enfermos? ¿No les di una infancia linda, con vacaciones y cumpleaños y todo lo que ustedes querían aunque yo no tuviera la ayuda de nadie? Y un hogar acogedor, donde siempre vinieron los amigos de ustedes... ¿Te acordás qué bien la pasamos en el último viaje a Bariloche? ¿Eh? *(Belén asiente)* Los quiero tanto. Ustedes me dan fuerza para superar todo. Voy a volver a estar bien. Los tres vamos a estar bien. Te lo prometo.

Belén: *(Con tristeza, añorada)* Quiero mi mamá de antes. Esa que vos decís. Pero tengo miedo que ya no vuelva.

Lila: Mi nena... No tengas miedo... pobrecita... todavía sos chiquita aunque te hagas la mujerona. Lo de anoche no va a volver a pasar. Vas a ver que voy a ponerme bien. *(Tiene un chucho)* Puta, ¡qué frío!. Andá... mi amor... comprá un poco de leña y entre las dos armamos el fueguito. ¿Dale? *(Va hacia la cocina, su paso se afirma a medida que camina)* Yo voy a ir preparando un almuerzo bien rico. *(Belén se pone el abrigo y toma su bolso)* Te voy a hacer churrasco con papas fritas. ¿Te gusta?

Belén: Sí.

Lila: Y después vamos hasta la cabina y llamamos a Fer. ¿Sí?

Belén: Sí... *(Va a salir)*

Lila: Dame un beso. *(Belén se acerca, le da un beso. Lila la abraza con fuerza. Al principio Belén está retraída pero luego se prende a la intensidad del abrazo).*

(Belén sale. Lila va sacando enseres para preparar el almuerzo. Se topa con la petaca. La agarra, la contempla, la vuelve al estante. Sigue con la tarea de la cocina, pero se interrumpe y vuelve a sacar la petaca. Duda. La abre y apura compulsivamente un trago. Escupe asqueada al descubrir que es agua.)

Belén: *(Desde la puerta)* Yo la cambié... *(Pausa)* ¡Qué enferma que estás! *(Sale bruscamente)*

CLAVO

Fernando (hombre maduro), propietario de una ferretería. **Marina** (chica joven), postulante.

Interior de la Ferretería. Fernando ha bajado la cortina metálica, sólo queda abierta la pequeña puerta central, a través de la cual se comunica con Marina, que desde afuera, quiere entrar.

Fernando: A las cuatro vuelvo a abrir.

Marina: A la tarde no puedo, por favor, es un minuto.

Fernando: *(Abriendo resignado la pequeña puerta)* Cuidado con la cabeza.

Marina: *(Entrando)* Gracias.

Fernando: ¿Qué te doy?

Marina: Cinco metros de sogá de polipropileno de tres milímetros.

Fernando: *(Va a buscar la mercadería)* Por lo menos la tenés clara, piba, vamos a hacer rápido.

Marina: Además de la sogá, vengo por el cartelito de vendedor que tiene en la vidriera.

Fernando: Ah! ¿qué es...? ¿para tu hermano? ¿o para tu novio?

Marina: Para mí.

Fernando: Pero pido un muchacho ¿no leíste bien?

Marina: La edad la tengo y sé de ferretería más que cualquier varón. Soy hija de ferretero.

Fernando: Entonces trabajá con tu papá, yo acá necesito un muchacho.

Marina: A mi papá lo perdí.

Fernando: Uy, disculpame, no me imaginé. Lo siento mucho.

Marina: Está bien, no es nada. *(Pausa. Luego señalando una foto que cuelga de la pared)* ¿Esos que están en la foto con usted son sus hijos?

Fernando: Sí.

Marina: ¿Y ellos no lo ayudan?

Fernando: No, ellos estudian.

Marina: Podrían estudiar y trabajar acá.

Fernando: A ellos no les gusta el rubro. Yo no tuve la suerte que tuvo tu papá. *(Le entrega la sogá)* Dos pesos.

Marina: Si usted me toma, de entrada nomás le puedo clasificar esos clavos y tornillos que tiene ahí, que los debe haber comprado a granel en algún

remate y están todos mezclados. Por lo que puedo ver desde acá nomás... hay tornillos de broca cincados, de hierro galvanizado, de madera dowel, ahí veo... cabeza redonda, barraqueros y los clavos también son un montón... terranos, de volcanita, para duplex, hasta clavos hilti hay.

Fernando: ¡Mirá vos, piba, cómo entendés...!

Marina: Conozco de mercadería para construcción, para plomería, madera, bricolage, electricidad... ¿Sabe todo lo que podría ayudarlo?

Fernando: Pero es que este es un rubro de hombres. Los clientes quieren ser atendidos por hombres. A no ser que sean muy babosos y se entusiasmen con una piba linda como vos. Pero ahí se me complicaría a mí ¿no? Tendría que ajustar a más de uno.

Marina: ¿Y las clientas mujeres? Cada vez vienen más señoras a las ferreterías porque los maridos no les cambian ni un cuerito o no tienen maridos y tienen que arreglarse solas. Y ustedes los hombres le pierden la paciencia porque las mujeres no saben cómo pedir. Dicen “quiero una cosita redonda que tiene después como un cabo alargado, no muy largo y de ancho así como un tallo de perejil”. Y ustedes ahí ya las quieren matar. Y si les pierden la paciencia pierden la venta. En cambio yo podría interpretarlas mejor, porque las entiendo a ellas y entiendo de esto. Si la mujer se siente respaldada por la ferretería de confianza, se anima a hacer ella el trabajo, sino, llama a que se lo hagan y ahí usted ya no le va a vender nada.

Fernando: Piba, te felicito, sos muy despabilada.

Marina: Usted nota que lo llevo en la sangre ¿no?

Fernando: Se ve que te gusta el rubro, sí señor.

Marina: Y también tengo formación. Hice la escuela técnica. Leí cientos de catálogos y estoy suscripta a las revistas Ferresur y Ferretero News. Me leí de arriba abajo la guía de la industria y fui a Expo-ferretera 2004, 2005 y 2006...

Fernando: De corazón, te tomaría. Pero pasa que además yo necesito que mi vendedor haga todo el trabajo físico duro, hay que acarrear mercadería y levantar elementos muy pesados, porque yo de tanto hacer esos esfuerzos ando muy jodido de la columna.

Marina: Pero yo aunque no parezca soy...

Fernando: No, ya ahí no me digas nada, porque yo sería incapaz de pedirle a una dama que ande cargando pesos. Soy un caballero.

Marina: Quiero trabajar con usted. Por favor. ¿Sabe las veces que pasé por la puerta o me quedé en el barcito de ahí enfrente mirando y mirando para acá porque quería entrar y no me animaba? Y lo miraba... cómo usted preparaba la mercadería o atendía a los clientes o se tomaba unos mates. Yo quiero

trabajar con él, pensaba. Pensaba... y lo pienso ahora: yo quiero trabajar con usted. Por lo menos que me pruebe.

Fernando: Mirá... ¿cómo te llamás?

Marina: Marina.

Fernando: Mirá, Marina, yo ya tuve una mala experiencia y decidí no emplear más mujeres en mi negocio y cuando yo tomo una decisión la cumpla. Soy hombre de una sola palabra. Y mi palabra es no. Hagamos una cosa: te regalo la sogá en recuerdo de esta agradable charla (*le entrega la sogá*). Pero ahora, tengo que cerrar. Sino, me voy a quedar sin almuerzo.

Marina: Por favor no me eche.

Fernando: ¡Pero...! No te estoy echando... no te lo tomes así, muchacha. Además, cuando quieras darte una vuelta por acá, venís y conversamos otro rato.

Marina: No hay otro día para mí. Si no consigo trabajo ya, me tengo que volver a Tandil.

Fernando: Bueno, bueno, no te desesperes... (*Va hacia la puerta y la abre*) Ya va andar todo bien. (*Invitándola a salir*) Pasá. Cuidado con la cabeza.

Marina: (*No sale*) Ya me rechazó una vez. No me rechace otra.

Fernando: Piba, no sé de qué hablás, pero cortémosla acá. Esto no da para más, no me hagás perder la paciencia.

Marina: (*Resistiéndose a salir*) Eva Núñez. (*Pausa, Fernando queda paralizado y en guardia*) Se acuerda de Eva Núñez ¿No?

Fernando: ¿Qué querés?

Marina: Hablar con usted.

Fernando: Ya estás hablando, decí...

Marina: Así no... No me trate mal... por favor...

Fernando: (*Bajando el tono, conteniéndose*) ¿Qué querés?

Marina: Yo sé que Eva Núñez trabajó acá y fue su amante y quedó embarazada. Y usted la echó para no tener líos con su mujer y no le pagó indemnización pero le dio la plata para el aborto.

Fernando: ¿De dónde sacaste todo ese cuento?

Marina: Yo soy ese aborto.

Fernando: ¿Cómo?

Marina: Con la plata que usted le dio, mi mamá se fue lejos y me tuvo.

Fernando: (*Mascullando*) ¿Qué hija de puta!

Marina: ¡¿Ella?!

Fernando: Si te mandó para sacarme guita andate y decile que no me joda. Que no hay un mango.

Marina: Mi mamá ni sabe que vine. Es cosa mía. Y no quiero su plata ¿no se da cuenta

que no es su plata lo que quiero?

Fernando: ¿Entonces qué? ¿Querías que te diera el laburo para meterte en mi vida?
(*Cayendo en cuenta*) Y encima tomándome el pelo... “soy hija de ferretero”...

Marina: Y soy hija de ferretero.

Fernando: Eso está por verse.

Marina: ¿Sabe qué fácil es probarlo con el ADN? Si me hubiera querido meter en su vida o sacarle plata ya lo hubiera hecho antes. Podía haberle hecho un juicio por paternidad. Podía haberlo chantajeado con decirle algo a su mujer o a sus hijos. Pero ni mamá ni yo nunca lo molestamos, nunca le reclamamos nada... Yo sólo quería conocerlo. Que me viera. Que usted supiera que yo existo. Y que se diera cuenta de todo lo que sé de ferretería. Sólo quería que me mirara.

Fernando: Bueno, te diste el gusto. Pero ahora, perdoname, no puedo seguir con esto. Yo ya tengo mi vida y mis obligaciones. Y no me gustó nada que hablaras de mi mujer y de mis hijos. ¡Cuidadito con ellos! No es mi culpa si tu madre tomó decisiones sola e hizo lo que se le cantó, contra mi voluntad.

Marina: ¡Su voluntad era que yo no existiera...!

Fernando: No lo pongas así. A vos te envenenaron la cabeza pero yo no quiero discutir.

Marina: Si usted tiene otra versión, dígame todo lo que tenga para decirme, ¡por favor!

Fernando: No tengo nada para decir.

Marina: ¡Por favor!

Fernando: (*Terminante, abriendo la puerta y sosteniéndola*) Esta visita terminó.

Marina: (*Duda, luego sale, pero vuelve a asomar la cabeza*) Esto no terminó... “papá”... Esto recién empieza.

COMA

Corredor de un sanatorio. Bancos a los costados, apoyados contra una de las paredes. Entra Mariana, llevando a Gabriela a la fuerza, empujándola por el brazo. Intenta disimular sus movimientos, mira a los lados, temerosa de que alguien las vea. La sienta con brusquedad en el banco y se sienta ella misma al lado.

- Mariana: *(Con furia contenida para no hacer escándalo visible)* ¡¿Cómo se te ocurre venir acá?!
- Gabriela: Quería verlo.
- Mariana: Estás loca.
- Gabriela: Quiero saber cómo está.
- Mariana: Si ya oíste el parte médico... ¿O te creés que no me avivé que estabas escondida detrás de la columna?
- Gabriela: Necesito verlo.
- Mariana: No lo vas a ver.
- Gabriela: ¿Por qué no?
- Mariana: ¿Realmente no te das cuenta?
- Gabriela: Lo amo.
- Mariana: Eso no te da derecho a presentarte aquí.
- Gabriela: Y él me ama. Vos misma me fuiste a buscar porque él me quería ver.
- Mariana: ¡No! Te dije que él me pidió que te ubicara y te avisara que estaba internado. Y que te diera... *(Repara en el anillo que lleva Gabriela en el dedo y lo señala)*.... eso. *(Gabriela besa el anillo)* Nada más... Y eso fue cuando todavía estaba lúcido.
- Gabriela: No soy una ajena para él. Tenemos una relación muy fuerte.
- Mariana: Ese no es asunto mío.
- Gabriela: Pero él ya te había hablado de mí.
- Mariana: Perdoname, pero yo no sabía nada de vos hasta antes de ayer.
- Gabriela: ¿No?
- Mariana: No.
- Gabriela: Yo sí sé de vos. El te nombra mucho. Dice que sos muy comprensiva y que siempre lo apoyaste. Por eso creí que me iba a encontrar con otra calidez de tu parte. Que me ibas a entender... *(Silencio)* Al fin y al cabo las dos estamos acá porque lo queremos mucho ¿no?
- Mariana: Quererlo es pensar en su bien.
- Gabriela: ¡Yo pienso en su bien! Pienso que puedo estar al lado de él, darle ánimos, ganas de vivir, aunque esté inconciente va a saber que yo estoy ahí. Lo sé. Está probado que aún estando en coma los enfermos se enteran qué pasa alrededor y perciben quiénes están con ellos. Puedo hacerle mucho bien, creeme. Cuando lo conocí estaba deprimido y no le encontraba sentido a la vida. Y yo lo fui entusiasmando, contagiándole mi vitalidad, porque tengo

- mucho energía y fuerza y amor. Y él fue saliendo. ¿No viste el cambio que hizo en estos últimos meses?
- Mariana: No te quiero quitar mérito, pero mi hermano mejoró porque volvió a tomar la medicación que debería tomar siempre.
- Gabriela: ¿Qué medicación?
- Mariana: La que lo estabiliza. ¿No te habló de su problema psiquiátrico?
- Gabriela: ¿Psiquiátrico? (*Piensa*) Bueno, sí... me dijo que a veces se deprimía y a veces... ¿Lo que le pasa ahora tiene que ver con eso?
- Mariana: No. Un derrame le puede dar a cualquiera.
- Gabriela: Es cierto que escuché al doctor, sí, pero algunas palabras se me perdieron porque estaba alejada y además nunca le entiendo a los médicos... ¿Se va a salvar?
- Mariana: No lo sabemos. Ojalá.
- Gabriela: Si él se muere yo me muero. Es mi vida.
- Mariana: Lo mismo sienten su esposa y sus hijas.
- Gabriela: Pero él se está separando.
- Mariana: ¡Por favor! ¿Sabés la cantidad de veces que se estuvo separando?
- Gabriela: No me digas estas cosas así, ahora, cuando no puedo hacer nada para aclararlo, ni siquiera puedo hablar con él. ¿No ves que estoy hecha mierda?
- Mariana: Mirá, tengo unas cuantas personas a quien contener, incluida yo misma, que no sé qué hacer con mis huesos y no tengo resto para contenerte a vos también.
- Gabriela: No te pido que me contengas.
- Mariana: No hacés más que hablar de tu dolor, de tu necesidad, de tu amor... Y pedir mi comprensión y mi complicidad... ¿Te creés que es fácil para mí? ¿Que es lindo quedar en el medio de los enredos amorosos de mi hermano?
- Gabriela: Yo no soy un enredo.
- Mariana: Y además de todo, tengo que andar controlando que no se arme un quilombo acá adentro... Porque no sé si alcanzás a entender que si mi cuñada, o mis sobrinitas se enteran de vos... acá se arma un desastre atómico.
- Gabriela: Yo no iba a mandarme así nomás... Todo con cuidado. Te iba a hablar aparte para que vieras en qué momento podía entrar a verlo. A lo mejor con vos... diciendo que soy tu amiga.
- Mariana: Ni se te ocurra.
- Gabriela: La querés mucho a tu cuñada ¿es eso?
- Mariana: Lo quiero mucho a mi hermano. Eso es todo. Te pido por favor, que ahora te vayas y no vuelvas. Ya tengo tu teléfono. Si hay novedades, te voy a llamar. Hasta ahí llega mi complicidad. Y te aseguro que es mucho más de lo que quisiera hacer.
- Gabriela: Te pido un solo favor ahora y me voy. Repetirme el mensaje que me mandó y cómo me lo dijo. Dejame al menos que me quede esa imagen grabada.
- Mariana: Es lo que ya te conté.
- Gabriela: Una vez más, por si me perdí detalles. Por favor.
- Mariana: (*Contrariada, concediendo*) Fue un poco después de que lo internaran. Estaba lúcido, pero mareado y con dificultades para respirar. Me dijo que

buscara un paquetito en su portafolios y se lo hiciera llegar a una persona y me dio tu nombre y trató de acordarse de tu teléfono para decírmelo, pero no pudo y entonces me dijo que te podía ubicar en el negocio... ese... donde fui. Que te explicara lo que le pasaba y que él no podía llamarte pero cuando pudiera lo iba a hacer. Un rato después entró en coma.

Gabriela: ¿No te dijo que éramos...?

Mariana: No.

Gabriela: ¿Nada más te dijo?

Mariana: No.

Gabriela: *(Pausa)* Bueno... Me voy... *(Se dispone a irse con resignación)* Adiós.

Mariana: *(Con esfuerzo)* “Decile que la amo”. Me dijo al final.

Gabriela: *(Se deja caer nuevamente en el banco)* Lo sabía... *(Pausa)* Gracias por decírmelo. *(Pausa)* ¿Te das cuenta que su deseo es estar conmigo?

Mariana: Ojalá supiéramos cuál es su deseo y él mismo pudiera decidir. Pero no lo sabemos. Aunque ya estaba en coma, le dije al oído que había cumplido mi misión con vos. Y su cara se crispó horriblemente. ¿Sería que me entendió? ¿Qué se yo qué quiso decir? ¿Quería decirme que vinieras? ¿O la crispación era el temor de que te aparecieras y se destapara todo lo que se encargó de ocultar mientras estaba lúcido?

Gabriela: No voy a pasar por arriba tuyo, no voy a hacer locuras, no voy a perjudicarlo, todo va a ser discreto, pero por favor, dejame verlo. Te juro que puedo ayudarlo a salvarse.

Mariana: ¿Estás tan segura?

Gabriela: ¡Sí!

Mariana: ¿Si...? Si se salva, pero queda lisiado ¿vas a llevártelo a tu casa? Si en lugar de un amante estupendo te devuelven un hemipléjico que se babea ¿lo vas a meter en tu cama? Si en lugar de ir a cenar a lugares maravillosos tenés que darle de comer en la boca ¿vas a ponerle el babero y arrimarle con cuidado la cucharita? ¿Vas a cambiarle los pañales y limpiarle la...?

Gabriela: ¡Basta! Por favor, basta.

Mariana: Mi cuñada sí lo va a hacer. Ya lo atendió en unas cuantas crisis, ya lo cuidó como a un hijo, ya demostró que lo ama hasta las últimas consecuencias. Si vos sos capaz de amarlo así y de hacerte cargo de él, quede como quede, entonces volvé, hacé lo que quieras, entrá donde quieras entrar y que acá se arme el despelote que tenga que armarse y sea el destino el que decida y no yo, que detesto este papel de mierda que me toca jugar. *(Mira a Gabriela, que no responde. Se levanta)* Te llamo si hay alguna novedad. *(Se aleja por el corredor, Gabriela permanece derrumbada en el banco).*

HERMANAS

Gran Buenos Aires, 1983. Dormitorio de Rosario en la casa paterna, donde vive su hermana Estela con su marido e hijas. Hace muy poco tiempo que Rosario salió de la cárcel, luego de estar varios años como presa política. Escucha un cassette de Almendra (o Sui Generis o Manal). Saca ropa de un placard, mira las prendas con detenimiento, reconociéndolas. Se prueba algunas, todas le quedan anchas. Estela, recién llegada de la calle, abre la puerta del cuarto bruscamente.

Estela: ¡Charo! ¡Bajá el volumen! *(Rosario, sorprendida, baja el volumen. Queda la música de fondo)* No podía entrar. Dejaste la llave puesta del lado de adentro... tuve que empujar y empujar con mi llave hasta que saltó la otra.

Rosario: Perdón, no me di cuenta. Me hubieras tocado el timbre.

Estela: ¡Se me acalambró el dedo de tocar!

Rosario: Ay, no lo oí.

Estela: ¿Y cómo vas a oírlo si ponés la música tan alta? Capaz que sonó el teléfono y tampoco lo escuchaste. ¿Llamó alguien?

Rosario: No... No sé. Estuve casi todo el día afuera.

Estela: ¿Dónde fuiste?

Rosario: No, nada... estuve con unas compañeras.

Estela: ¿Y toda esta ropa?

Rosario: La encontré en la parte de arriba del placard y me la estaba probando. *(Le muestra como le queda la prenda puesta)* Mirá... Todo me queda flojo. Ya no me van.

Estela: *(La contempla con pena)* Sí... te va muy grande. *(Luego medio en chiste, tratando de aflojar)* Y ahora ya no vas a poder afanarme la mía porque te va a quedar grande también.

Rosario: ¡Yo no te afanaba la ropa!

Estela: No, cierto, no era afano porque después me la devolvías... rota o mugrienta. Toda llena de alquitrán de andar haciendo pintadas en las paredes.

Rosario: Eso fue sólo una vez y no era alquitrán, era engrudo porque había sido una pegatina.

Estela: ¡¿Sólo una vez?! ¡Qué mala memoria!

Rosario: Hay muchas cosas que me tuve que olvidar y a veces no se puede elegir qué recordar y qué no.

Estela: Perdón. No quise llegar a eso.

Rosario: ¡Pero lo de la ropa me acuerdo bien...!

Estela: A ver... *(revisa algunas prendas)* ¿Tan grande te quedan? ¿No se podrán tomar? No... Además esto está pasado de moda.

Rosario: ¿Por qué guardaron mi ropa tanto tiempo?

Estela: Cosas de mamá que quería mantener todo lo tuyo intacto. Siempre pensaba que en cualquier momento te iban a soltar.

Rosario: Pero sabía bien que yo tenía para largo.

- Estela: Lo sabía pero no lo aceptaba. *(Pausa)*
- Rosario: *(Amontona la ropa en un extremo de la cama)* Bueno, después sigo buscando a ver si puedo rescatar algo. *(Toma un bolso y se dispone a salir)*
- Estela: ¿Vas a salir?
- Rosario: Sí...
- Estela: *(Cortándole el paso)* No podés seguir así, Charo. Te pasás el día afuera, pegoteada con esos... amigos.
- Rosario: Es que necesito estar con mis compañeros. Con la gente que está tan perdida como yo.
- Estela: Pero así no vas a poder insertarte.
- Rosario: Estoy recién salida. No entiendo nada. Necesito un poco de tiempo.
- Estela: ¿Más tiempo del que ya perdiste... *(corrigiéndose)* te hicieron perder?
- Rosario: Tiempo mío necesito, no robado. Quiero vivir... un rato... sin disciplina, sin horarios, sin celadoras, sin guardias.
- Estela: Me lo decís como si yo te estuviera miliqueando.
- Rosario: No, Estela. Pero preciso aire, libertad...
- Estela: Y yo preciso que vos cooperes un poco.
- Rosario: ¿Te referís a lo económico?
- Estela: Por ahora no.
- Rosario: O sea, te referís a lo económico.
- Estela: ¡No! Lo poco que tengamos lo vamos a compartir con vos hasta que consigas un trabajo.
- Rosario: Y te voy a devolver hasta el último peso.
- Estela: No es eso, por favor. Quisiera que no estuvieras tan a contramano de la vida de la familia, qué se yo... que me des una mano con las nenas, por ejemplo.
- Rosario: Varias noches te ofrecí quedarme con ellas para que ustedes pudieran salir y no aceptaste.
- Estela: Es que ese ofrecimiento no me sirve. Con lo apretados que estamos... mirá si vamos a andar saliendo...
- Rosario: Podrían salir a caminar... ir a tomar mate a la plaza... No es mi culpa que tu diversión dependa de la guita.
- Estela: En cambio tu diversión es barata ¿no?... traer hombres acá.
- Rosario: ¡¿Qué...?! ¿Lo decís porque vinieron algunos compañeros?
- Estela: No es un buen ejemplo para las nenas que te encierres en tu cuarto con hombres. El hecho de que también seas dueña de esta casa no te da derecho a no respetar las reglas de la familia.
- Rosario: Son sólo amigos, no hacemos nada... y quiero hablar a solas con ellos. ¿No tengo derecho?
- Estela: ¡Estás muy desubicada! Acá las visitas se reciben en el living.
- Rosario: ¿Qué querés? ¿Que los junte con Rolo? ¿A hablar de qué? ¿De autos de carrera? ¿De lo glorioso que fue el mundial '78?
- Estela: ¡Ah, bueno! Empezamos con el desprecio... Claro... Rolo no es intelectual ni revolucionario como tus amigos. Pero ese burgués mediocre le dio de comer a mamá todos estos años que vos no estuviste y le bancó la enfermedad, los remedios y el entierro.
- Rosario: ¡Me reprochás como si yo hubiera elegido lo que me pasó!

- Estela: Elegiste correr riesgos y no pensaste en los demás que también tuvimos que bancar las consecuencias de tu valentía. Las dos éramos las hijas, pero yo sola me encargué de mamá y de mantener esta casa. Y ya antes de caer, tan ocupada estabas en militar, que no nos dabas bolilla a nadie. Te importaba un carajo lo que nos pasara.
- Rosario: ¡No es cierto! Yo también me estaba ocupando de mamá... y de todos los viejos de este país y de los pibes y de las explotadas como vos, que trabajabas doce horas parada y te pagaban dos centavos.
- Estela: Yo no te pedí que me defendieras.
- Rosario: No, preferías la sumisión. Y mamá sufrió por falta de una buena atención médica porque nosotros perdimos, porque nos hicieron mierda y porque los familiares cariñosos como vos, se cagaron en el pueblo y dejaron que pasara lo que pasó.
- Estela: ¡Qué basura!
- Rosario: ¡Basura vos, que...!
- (Repentinamente se interrumpe la música de fondo del grabador y aparece la voz de Estela, más joven. Ambas se sorprenden de esa aparición inesperada y escuchan)*
- Voz de Estela: ...ya cumplió tres meses y la llevé al pediatra y la encontró muy bien. Está bien gordita. Se prende lindo a la teta, flor de tragona, la Pili. Y aquí esta Camila que te va hablar. Dale, Cami, hablale a la tía.
- Rosario: ¿Era para mí?
- (Estela detiene el grabador)*
- Rosario: Por favor, dejame escucharlo.
- Estela: ¿De dónde lo sacaste?
- Rosario: Estaba entre mi ropa.
- Estela: No me acordaba de esta grabación.
- Rosario: ¿De cuándo es?
- Estela: *(Seca)* De una vez que nos dijeron que iban a autorizar que les mandáramos grabadas las voces de los niños, ya que no podíamos llevarlos a la visita. Pero después no nos dejaron.
- Rosario: Quiero escucharlo ahora.
- Estela: Hacé lo que quieras. *(Va a salir)*
- Rosario: No te vayas. *(Estela se queda, Rosario vuelve a encender el grabador)*
- Voz de Estela: A ver... decile... "tía Charooo"...
- Voz media lengua: Tía Charo...
- Voz de Estela: ¡Muy bien, Cami! Ahora tirale un besito a la tía. *(Ruido de beso infantil)* No te vayas... vení. ¡Cami!... Está brava... está bastante celosa de la hermanita, pero ya se le va a pasar. ¿Cómo se llama la hermanita, Cami?
- Voz media lengua: Pili.
- Voz de Estela: Me alegro que sean dos nenas, así, seguidas como nosotras, Charo. Camila se te parece un montón, el mismo pelo y los ojos y tiene mucha personalidad, como vos. ¡Me da un trabajo...! Pero prefiero que sea inquieta como la tía y no boluda como yo.
- Voz media lengua: *(Repite)* boluda... boluda...
- (Risa de Estela en el grabador. Estela y Rosario se miran, dejándose atravesar por la ternura)*

VISITA

El locutorio de una cárcel en los años '70. **Abel** (hombre joven), preso político. **Ana** (mujer joven), su esposa que lo visita. Una mesa, las sillas enfrentadas. Están obligados a tener las manos sobre la mesa; está prohibido tocarse. Hablan con prudencia, porque hay guardias que vigilan a cierta distancia.

Ana: Me dejaron pasar la pascualina.

Abel: *(Con deseo)* ¡¿Pascualina?!

Ana: Sí. La hurgaron toda, la deshicieron, pero al final me la recibieron.

Abel: Eso no quiere decir que me llegue. No me quiero ilusionar.

Ana: ¿Te entregaron los puchos la otra vez?

Abel: Sí, un atado.

Ana: *(Conteniendo un insulto)* ¡Te había traído un cartón!.

Abel: Tranqui... El atado rindió. Lo compartimos con el flaco. A él le llegaron dos de Particulares.
(Silencio)

Ana: ¿Cómo estás?

Abel: Bien... ya ves.

(Silencio)

Ana: Tanto para decírnos y... ahora no nos sale nada.

Abel: Estás muy linda.

Ana: ¿Sí?

Abel: Más gordita. Estás buena... esas tetas...

Ana: ¡Abel! *(instintivamente se cierra el saquito)*

Abel: No. Dejame verlas. Así me inspiro esta noche. *(Suelta una carcajada)*

Ana: ¿Qué pasa?

Abel: Nada... una boludez que me acordé... Ayer escuchamos a un compañero que gritaba por la ventana de la celda "Mujeres y champán" y no entendíamos nada. Y era que se había hecho una paja y después había tomado Uvasal. "Mujeres y champán". *(Ríe más ahogadamente)* No te hace gracia...

Ana: Perdoname.

Abel: Volvete a abrir el botón. Dale. Disimuladamente.

Ana: No puedo, no sé disimular, estoy tensa.

Abel: Tengo que aprovechar ahora para mirarte toda, porque están construyendo un nuevo locutorio. Y dicen que va a haber vidrios blindados en el medio y teléfonos para hablar. Te estoy oliendo.

Ana: Ah... porque transpiré un montón.

Abel: *(Aspira con deleite)* Olor a hembra.

Ana: Nos dejaron cinco horas haciendo cola al sol.

Abel: ¿Sabés cómo te agarraría? *(Estira las manos hacia Ana, deslizándolas apenas sobre la mesa pero se detiene, respetando la prohibición de tocarse. Repara en la mano de Ana)* Te sacaste

el anillo.

Ana: Se me incrustaba. Se me hinchan mucho las manos.

Abel: *(Súbitamente preocupado)* ¿Estás enferma?

Ana: No, yo estoy bien... Pero tengo que decirte algo...

Abel: *(La interrumpe, angustiado)* ¿La vieja?

Ana: No. Pará. Estamos todos bien. Todos bien, te juro. Dejame decirte...

(Silencio)

Abel: ¡¿Qué?! *(Ana intenta hablar pero no le salen las palabras)* Lo que sea... decilo de una.

Ana: Estoy embarazada.

Abel: *(Breve silencio en que le cae la ficha; masculla)* Qué hija de puta.

Ana: Quiero explicarte...

Abel: ¿Qué mierda vas a explicarme? ¿Vas a contarme cómo fue?

Ana: Te amo.

Abel: ¡Callate!

Ana: Te amo.

Abel: Te hubieras acordado cuando abriste las piernas.

Ana: Abel, por favor, yo...

Abel: ¿Quién es el cretino? *(Ana no contesta)* ¿Lo conozco? *(Silencio)* Si abriste el culo, ahora largá toda la mierda.

Ana: No me hables así, por favor.

Abel: Largá.

Ana: El Pollo.

Abel: *(Cierra los ojos, los puños, se contrae en un rictus de dolor y autorepresión)*

Ana: Abel... *(él no reacciona)* ¿estás bien?

Abel: Andate.

Ana: Pero no vamos a vernos en un mes.

Abel: No vamos a vernos más.

Ana: Por favor, necesito que me escuches, que me des siquiera la oportunidad de explicarte. Y después si querés que me vaya, me voy y no vuelvo más. Pero no te quedes armando solo tu propia versión donde yo soy una hija de puta y tu mejor amigo el peor traidor.

Abel: ¿Y qué son? *(Ana retira la silla como para irse)* ¡Sentate ahí! *(Ana se vuelve a sentar)* Decime que es un mal chiste. Decime que no es verdad.

Ana: No es un chiste. Es duro, pero es cierto. Entiendo tu odio y tu bronca, pero entendeme un poquito también a mi.

Abel: *(Con un profundo dolor)* ¿Qué tengo que entender?

Ana: Lo primero, creerme que te amo. Te juro que te amo.

Abel: Me hace peor oír eso.

Ana: Pero es la verdad... Te amo a vos y a nadie más que a vos. No hay nada con el Pollo. Se dio... así... de desesperación, de soledad, de angustia. Estoy tan sola en este pueblo de mierda, donde nadie me da ni la hora por miedo o por fachos o por indiferencia. Y me mudé acá por vos, porque vos me lo pediste, y porque yo también quería estar más cerca y ni sé para qué... porque al final apenas me dejan verte. Es horrible estar preso pero es espantoso también estar afuera. ¿Te creés que vos solo sufrís? Trato de disimular para no preocuparte más, pero

la estoy pasando mal. Nadie me ayuda. Tu vieja apenas puede con ella misma, mi familia está lejos, no tengo amigos, acá no hay laburo y la única persona que me da una mano es el Pollo.

Abel: ¿Mano?

Ana: ¡Guardate las ironías! Te juro que fue sólo una vez y en seguida nos dimos cuenta de que era una cagada porque además está clarísimo que yo te quiero a vos y nos sentimos horrible los dos y ahí mismo juramos que no habría otra vez. Y no la hubo ni la habrá.

Abel: Pero el hijo lo vas a tener.

Ana: No quería esto, pero ahora no me puedo echar atrás.

Abel: Poder, podés; no querés.

Ana: No podría nunca hacerme un aborto. Vos lo sabés. Además no soy una nena. La realidad es que no sabemos cuándo vos vas a salir de acá y si la cosa es como pinta, lo más posible es que yo ya no sea fértil. Más me reprocharía entonces haberme sacado un hijo.

Abel: Vos no querés perder nada. Que me joda yo.

Ana: No me pongas a elegir entre un hijo y vos.

Abel: ¡Cómo das vuelta las cosas! Por lo menos tené la humildad de callarte.

Ana: Tenés razón, perdoname. Es lo único que puedo decirte: perdoname.

Abel: Perdonarte... Sí... Ana, está bien, te perdono. ¿Y? ¿Qué? ¿Cómo sigue esto? Nos despedimos como si nada, vuelvo a mi celda a pajearme pensando en vos y te espero cada visita para ver cómo te va creciendo la barriga...

Ana: Cuando se empiece a notar dejo de venir... por un tiempo... me vuelvo a Buenos Aires, nadie tiene por qué enterarse de esto acá.

Abel: Todo calculado... ¡qué guacha! *(cayendo en cuenta)* ¿La vez pasada ya estabas?

Ana: Sí. Pero no lo sabía. Te juro que no lo sabía.

Abel: Y yo como un pelotudo diciéndote cuánto te quería. *(Recordando de golpe)* ¡Y preocupado por el Pollo y su laburo!. ¡Qué cornudo infeliz! *(Suena el timbre de fin de la visita)*. Andate.

Ana: No me dejes ir así.

Abel: Y no vengas más.

Ana: No lo decidas ahora.

Abel: No vengas más. Y decile a ese cretino que cuando salga de aquí, lo mato.

(Vuelve a sonar el timbre de fin de visita)

Ana: *(Levantándose de la silla)* Chau... Voy a volver. *(Abel permanece con la cabeza gacha)* Mirame, por favor. *(Abel no responde)* Por favor. *(Abel levanta la cabeza lentamente y la mira. Ambos se sostienen la mirada. Ana besa sus propios dedos y luego los extiende como queriendo que el beso llegue hasta los de Abel. Se aleja. Abel la sigue con los ojos hasta que desaparece de su vista).*

VOLTAJE

Lucila, una mujer madura, profesional de muy buena posición económica. Ángel, un hombre joven, cartonero. Lucila entra nerviosa pero decididamente a su casa, seguida por Ángel, que lo hace tímidamente.

Lucila: Cierre la puerta.

Ángel: *(Cierra con cuidado)* ¿Paso llave, doña?

Lucila: No es necesario. Tiene lock automático. Como tengo apuro, le explico ya la tarea.

Ángel: ¿Pero el trabajo es para ahora?

Lucila: Sí, claro.

Ángel: No tengo las herramientas acá. Se las tengo que pedir a un tío.

Lucila: No las necesita.

Ángel: Ah... ¿sin herramientas?

Lucila: ¿Está dudando de hacerlo?

Ángel: No. Si me doy maña....

Lucila: Sí, se va a dar maña. Es sencillo y pago bien. Le voy a explicar. Preste atención porque no puedo malgastar la poca energía anímica que me queda en explicarle dos veces la misma cosa. Empecemos por el final. ¿Ve esto? *(saca un fajo de billetes, que Ángel mira deslumbrado)* Quédese ahí y no intente robarlos, porque basta con que apriete esto *(muestra un control remoto en la otra mano)* para que venga la policía al instante.

Ángel: Sin ofender, doña; chorro no soy.

Lucila: Entonces va a cobrar cuando haga lo que tiene que hacer *(Guarda el fajo entre su ropa)*.

Ángel: ¿Y qué tengo que hacer?

Lucila: Mire bien. *(Recoge una especie de chaleco con algunos cables alrededor y del que sale uno largo, con un enchufe en la punta. Se lo pone)* Yo me voy a acostar con esto puesto, ahí en el sofá. Usted agarra este extremo y lo enchufa en aquel toma.

Ángel: *(Desconcertado)* ¡Pero va a quedar seca!

Lucila: No lo diga así.

Ángel: Usted me dijo que era una changuita de electricidad.

Lucila: Y es eso, no se asuste, usted no corre riesgos. La instalación es segura. Soy ingeniera y yo misma la hice. Es sólo conectar.

Ángel: *(Yendo hacia la puerta)*. Usted está chapa. Yo me las tomo. *(Intenta abrir, pero no se abre)*

Lucila: Está bloqueada. Se va a desactivar automáticamente cuando enchufe esto. En el momento en que se hace la descarga eléctrica, también se acciona el mecanismo de lock de la puerta y se abrirá inmediatamente para que usted pueda salir. Entonces usted saca la plata de mi bolsillo -claro, primero desenchufa para no quedar pegado- y se va inmediatamente. La puerta quedará destrabada sólo unos minutos para que pueda salir

- rápido de acá.
- Ángel: *(Desconfiado)* ¿Por qué no lo hace usted misma, si es sólo enchufar?
- Lucila: ¿Prefiere seguir cartoneando, haciendo empujar el carro a sus hijos, colgándose de los trenes a cualquier hora? Le estoy dando una oportunidad.
- Ángel: Dóneme la plata. Si usted igual va a fallecer, con todo respeto. ¿Para qué la quiere?
- Lucila: Asistencialismo no. Gánese su paga.
- Ángel: Me está jodiendo.
- Lucila: ¡Es que usted no coopera! Y entienda que no lo hago yo misma porque me falta coraje. Es una acción extrema.
- Ángel: Y me la hace hacer a mí.
- Lucila: Si la hace usted, se llama eutanasia. Es un gesto noble.
- Ángel: Pero voy en cana.
- Lucila: *(Tomando una carta)* Voy a morir con esta carta en la mano. “Sr. Juez...” dice. Y dice que no se acuse a nadie por mi muerte. Que yo sola tomo esta determinación y que sólo a mí deben culpar.
- Ángel: Mire, doña, entre usted forrada en guita y yo un pobre diablo, el juez me va a echar el fardo a mí, por más cartas que usted mande.
- Lucila: No se detenga en esa eventualidad ahora. Piense en su familia, en sus hijos, en cuánto necesitan este dinero. *(Pone en la mano de Ángel el enchufe, toma el sobre del juez en la mano y se acuesta)*. Hágalo de una vez.
- Ángel: *(Titubea, luego da unos pasos hacia el toma. Lucila suspira, angustiada y Ángel se detiene)* ¿Para qué lo hace?
- Lucila: Para morirme, idiota. ¡Enchufe!
- Ángel: *(Llega hasta el toma. Se detiene)* Pero ¿por qué?
- Lucila: Porque ya no soporto la vida. ¡Por favor! ¡Accione! No prolongue mi agonía.
- Ángel: *(Se agacha, va a enchufar. Se detiene)* No puedo.
- Lucila: ¡Por favor!
- Ángel: *(Va a enchufar pero vuelve a detenerse)* El va a volver.
- Lucila: ¿Qué dice?
- Ángel: Que el chabón va a volver con usted.
- Lucila: ¿De qué habla?
- Ángel: De lo que veo.
- Lucila: ¿Qué ve?
- Ángel: Veo por todos lados fotos de usted abrazada con un tipo. Si él estaría acá, usted no se andaría matando. Él no se murió, porque ninguna foto tiene velita ni flor. Así que el chabón no está porque se las tomó, se debe haber ido con una pendeja. Y usted lo quiere, si no habría sacado las fotos.
- Lucila: ¿Usted es vidente?
- Ángel: Soy hombre.
- Lucila: Siga...
- Ángel: Si yo tuviera una casa así y la guita que usted tiene, por más que la bruja se me fuera con otro, yo ni en pedo me mato. Al contrario, empezaría a disfrutarla. Pero bueno, no todos somos iguales.

- Lucila: Consejos no, sólo dígame qué más ve.
- Ángel: Si yo le digo qué veo... estamos cambiamos de changa pero usted me paga igual... ¿no?
(*Suena el teléfono que está al costado del sofá*)
- Lucila: (*Incorporándose un poco, ansiosa, mira el identificador*) ¡Es él...! Usted es brujo. (*Duda, va a atender, pero su mano se detiene, temblorosa, luego se decide y atiende*) Hola... hola... Cortó.
- Ángel: ¿Y?
- Lucila: Tengo que ver que quería decirme... a lo mejor... (*Se mira con espanto el chaleco*) ¡Qué locura!
- Ángel: ¿Cambió de idea?
- Lucila: Por lo menos voy a pensarlo más. Y hablar con él. Ahora vaya... Necesito quedarme sola, vaya nomás...
- Ángel: ¿Y el pago?
- Lucila: No sé... no me hable de plata ahora... estoy saliendo de una pesadilla... (*Lucila va a sacarse el chaleco*)
- Ángel: (*Amenaza con el enchufe*) ¡Pare o enchufe!
- Lucila: (*Se detiene espantada*) ¿Me va a matar?!
- Ángel: Ah, antes era anastasia y ahora es matar... Si la boleteaba me daba una fortuna y por salvarle la vida no me da nada. ¿Quién la entiende? ¡No me joda! ¿Se cree que porque soy pobre soy cualquier cosa? ¿Que puede tenerme pa' cá y pa' allá como a perro? Usted es pirada, pero pirada jodida. Hay pirados buenos que se matan solos y no cagan a nadie. Pero para que sepa, yo tengo mi dignidad y no me voy a ensuciar con su mierda, así que métase el enchufe y la plata en el culo. (*Suelta el cable, se dirige a la puerta*) Ábrame que me quiero ir.
- Lucila: (*Se saca rápidamente el chaleco y agarra el control remoto sin que Ángel lo vea*) ¡Mire bien! Con esto puedo llamar a la policía. No haga ningún movimiento raro, pero espere, porque voy a tener una atención con usted, por las molestias. (*Saca el fajo de entre sus ropas y pone un billete sobre la mesa, con cuidado de no acercarse mucho a Ángel*) Sírvase.
- Ángel: ¿Esto me va a dar por salvara? ¿Tan poquito vale su vida?
- Lucila: Me salvó el teléfono, no usted.
- Ángel: Y encima, desagradecida. ¿O no se da cuenta que si yo la enchufaba derecho viejo cuando me dio la orden, cuando sonaba el teléfono usted ya iba a estar seca?
- Lucila: No tengo ninguna obligación, esto lo hago de generosa. (*Saca un billete más*) ¿Así está bien? (*Ángel mira el abultado fajo en la mano de ella sin decir nada, Lucila pone un billete más*) Ahora sí... Tómelo o déjelo.
- Ángel: (*Toma los tres billetes*) No va a decir después que se los robé ¿no?
- Lucila: No. Puede irse tranquilo.
- Ángel: Ábrame.
- Lucila: (*Cayendo en cuenta*) Es que para abrir hay que enchufar el chaleco. Hágalo.
- Ángel: ¡Ah... no... enchúfelo usted!
- Lucila: (*Se acerca con cuidado, enchufa con aprehensión, la puerta se destraba, Ángel sale*)



www.celcit.org.ar